

gonzarse por el trabajo de sus manos, recuerda aquellos gremios de artes y oficios de *seda* y de la *lana* de la república mercantil en Florencia, cuya historia cuenta Maquiavelo y que honrándose de su industria y llevando por bandera los útiles del lagarero y del tejedor, formaban facciones en el Estado y castas en la democracia. Tal era entonces, y tal es en el día Lyon. En un lugar inferior al que ocupa esta clase media que puede llamarse universal, se agita una población de doscientos mil obreros, que habitan la ciudad, los arrabales y las pequeñas poblaciones del territorio liones. Esta población se ocupa en los diferentes oficios de la industria, y sobre todo en la preparación de la seda.

Este pueblo de trabajadores, no está acumulado como sucede en otras poblaciones, en inmensos talleres comunes, en donde el hombre tratado como un rodaje mecánico se envilece entre la multitud, se pervierte por el contacto y se gasta por el roce continuo con los otros hombres. Cada taller en Lyon se reduce á una familia compuesta del marido, de la muger y de los hijos. Esta familia va cada semana á proveerse de obra, de seda y de muestras. Los obreros llevan á sus casas las primeras materias, las urden allí mismo, y reciben cuando se las entregan á los fabricantes el precio convenido para cada pieza de seda manufacturada. Este género de fabricación, conservando al obrero su individualidad, su aislamiento, su hogar doméstico, sus costumbres y su religión, es mil veces menos á propósito para seducir y corromper al pueblo, que esos ejércitos de máquinas vivientes, disciplinados para las demás industrias, en talleres comunes, en donde una chispa produce la explosión y el incendio. Este trabajo por piezas, establece además entre la clase media y el pueblo, relaciones continuas y una mútua solidaridad de beneficios ó de pérdidas, cosas las más propias para unir las dos clases, por una comunidad de costumbres y de intereses. Las ciudades de las montañas del

Forez, Saint-Etienne, Rive-de-Giers, Viena, Montbrison, Saint-Chamon, son otras tantas colonias ocupadas por los mismos industriales, regidas por las mismas costumbres y animadas por el mismo espíritu. Esta población de la misma raza, agrupada ó diseminada, que cuenta cerca de quinientas mil almas, es esencialmente activa como el trabajo, moral como la religión, sedentaria como la costumbre, económica como la ganancia y conservadora como la propiedad. Toda conmoción la inquieta. Las fiestas ó el trabajo, la pérdida ó el beneficio, son la única política y el solo gobierno en que piensa este pueblo.

XVI.

Se comprende que una población semejante, es más bien republicana que monárquica, porque su constitución social, es en el fondo una república de intereses y una democracia de costumbres. Estraña á las cortes, desdenosa con la nobleza, la caída de aquellas altas capacidades del Estado, era más propia para lisonjear su espíritu plebeyo, que para alligirla. En todas partes el trabajo es republicano, y la ociosidad monárquica. Así, aunque la ciudad de Lyon fijase menos su atención que cualquiera otra en Francia, en el movimiento y en la inteligencia de la filosofía social que preparaba la revolución, los primeros síntomas de decadencia de la monarquía y de soberanía popular regocijaron á la clase media. No vió en esto, sino el abatimiento de sus patricios y la restauración de su gobierno municipal. Por espacio de muchos siglos, su municipalidad y sus obispos habían sido su gobierno, como en los restos de las ciudades romanas que se habían conservado á través de la edad media. Los Estados generales, la resurrección de la Asamblea nacional, la humillación de la corte, la igualdad de los or-

denes del Estado, la destruccion de privilegios, la caída de la Bastilla, las doctrinas de la Asamblea constituyente, las reformas de Mirabeau, la popularidad de La Fayette y de Lameth, la creacion de la guardia nacional, y en fin la constitucion de 1791, todos aquellos despojos de la aristocracia y del poder real arrancados al trono, arrojados á la nacion por los girondinos el 10 de agosto, día en que se creyó llenar pronto y cómodamente el vacío del trono por una constitucion de república regular y propietaria, eran cosas que no podian menos de halagar como principios á la clase media de Lyon. La revolucion de Paris habia tenido allí mucho eco, si bien moderado por el espíritu esencialmente propietario del país.

Las primeras agitaciones de Lyon habian sido impulsadas por Roland y su esposa que habitaban entonces en las cercanías. Roland y sus amigos habian atizado con sus eseritos, sus periódicos y sus clubs, el fuego oculto del jacobinismo. Este fuego tan voraz en el resto de la Francia, se encendió lenta y difícilmente en Lyon. Tan pronto como una doctrina se convertia en desórden y amenazaba al comercio, se hacia impopular, la sociedad entera de Lyon no tiene mas que un signo: la moneda. Todo lo que la ataque ó todo lo que la haga desaparecer es antisocial: este pueblo ha deificado la propiedad.

De todo esto resultó, que el jacobinismo, no encontrando sus agitadores, sus oradores y moderadores entre la clase media comercial ó del pueblo honrado y laborioso, se vió forzado á buscarlos en la hez de la poblacion flotante de esta populosa ciudad, en los estrangeros vagabundos, en los hombres de costumbres depravadas y llenos de deudas, que nada tenian que perder en el incendio y que podian hallarlo todo en los escombros. Aquella constitucion de los clubs del jacobinismo en Lyon, hacia que sus miembros fuesen muy mal mirados, razon por la cual aquellos hombres perdidos eran mas sediciosos y mas exagerados que en otras partes. Allí

todo era estremado. A imitacion de Burdeos, de Marsella y Tolon, Lyon habia adoptado apasionadamente las doctrinas y héchose partidaria de los hombres de la Gironda. Robespierre, Danton y la Montaña causaban horror á la mayoría de sus habitantes. El rico, veía en este partido de la Convencion los espoliadores de su fortuna, y el pobre unos perseguidores de su religion. El comercio decaía, el lujo se estinguia y no se fabricaban mas que armas. El día en que la república suprimiese sus bancos, sus mercados, sus fábricas, sus oficios y sus sacerdotes, Lyon dejaria de reconocerla. La ciudad, empezaba á confundir sus quejas con las de los realistas, que de todas las provincias inmediatas iban á buscar un asilo en sus muros. Estas disposiciones irritaban é inflamaban mas los ánimos de los miembros de los clubs, que aunque amenazadores, se veían obligados á contenerse en una poblacion cuya inmensa mayoría no les era favorable.

XVII.

Habia por entonces en aquella ciudad un hombre es-trambótico y de la peor clase que puede darse en tiempo de agitacion; un fanático de lo imposible. Este era, uno de aquellos hombres insensatos, que reunen en su cabeza, no la pasion, pero si la demencia de la multitud; uno de esos profetas del pueblo á quienes este tiene por inspirados porque son locos, á los cuales escucha cual si fuesen oráculos, porque les predicán unos destinos colosales y unos triunfos tan desmedidos, que nunca han estado al alcance del espíritu humano.

A favor de esta pasion del hombre hácia lo imposible, y en vista de esas halagüeñas perspectivas que á los primeros que seducen es á los mismos que las presentan, los hombres de esta clase arrastran al pueblo á un abis-

mo á través de cien falsas ilusiones y atravesando lagos de sangre. El hombre que nos ocupa, se llamaba Chalier.

Del mismo modo que Marat, este hombre habia venido del estrangero atraido por la revolucion. Era natural del Piamonte ó de la Saboya y de una familia oscura, pero bastante acomodada para darle educacion y carrera. Destinado al estado eclesiástico, escala que apoyada en el pueblo, llegaba hasta la cúspide de la sociedad, Chalier habia sido educado por unos monges de Lyon. En su trato con ellos habia adquirido aquella rigidez, aquel recogimiento de espíritu, aquel escepticismo exterior, aquella afectacion de inspiraciones sobrenaturales y aquellos retazos de poesia y de elocuencia sagrada, que fermentando en una cabeza débil con los principios del momento, habian producido en él una de aquellas mezclas extrañas en las cuales el sacerdote y el tribuno, el profeta y el demagogo, el santo y el malvado, se reunen en un solo hombre para engendrar un monstruo imposible de comprender y mas difícil aun de definir. Con razon podia decirse al ver á Chalier que el destino de Lyon, tan semejante al de Florencia, habia querido completar la semejanza, dando á esta ciudad un agitador inesplorable, que tenia mucho de Savonarola y de Marat.

El rumor de la revolucion que penetraba en su claustro agitaba al jóven levita, y le distraia de sus estudios. Soñaba en una regeneracion, despues de un cataclismo, espantando á sus condiscipulos con las fantasmas sangrientas que asediaban su imaginacion y le hacian escribir entonces aquellas líneas cuyo movimiento interrumpido é incoherente remeda los sobresaltos, las inspiraciones y los oráculos bíblicos, «Las cabezas son reducidas, las almas de hielo; el género humano está muerto. ¡Genio creador, haz salir una nueva luz y una nueva vida de este caos! Yo quiero los grandes proyectos, los vértigos, la audacia, los choques y las revoluciones. El

gran Ser ha hecho cosas muy grandes, pero está demasiado tranquilo. Si yo fuese Dios yo mudaria las montañas, las estrellas y los imperios: yo trastornaria la naturaleza para renovarla.»

El destino de Chalier abortado para el bien y para el mal, estaba todo reasumido en estos primeros rasgos de su alma. La locura no es sino el aborto de una idea fuerte, pero impotente, porque no ha sido concebida y dirigida por la razon. Dominado por esta obsecion Chalier dejó la carrera eclesiástica, entró en un escritorio y viajó algun tiempo como comisionado de una casa de comercio. Fué echado de Italia por haber propagado dogmas revolucionarios y aquella proscripcion le dió á conocer é hizo que lo adoptasen Robespierre, Marat, Camilo Desmoullins y Fauchet. Bajo estos auspicios fué á Lyon á fundar el club central, foco ardiente que alimentaba con su aliento y que agitaba noche y dia con su palabra. Sus discursos, á un mismo tiempo bufones y místicos, chocaban al pueblo. Nada era razonado, todo era lirico en su elocuencia. Su ideal era evidentemente el papel de aquellos falsos profetas de Israel, servidores de Jehova y degolladores de hombres.

XVIII.

El misterio que envolvía su vida, su pobreza, su incorruptibilidad, su adhesion á la causa popular, su asiduidad en las sesiones públicas del club central, le habian dado un inmenso ascendiente sobre los jacobinos de Lyon. Habia sido nombrado por los electores presidente del tribunal civil. Su mano se veia ó se creia ver en todos los desórdenes y en todos los crímenes. Aquellos desórdenes y aquellos crímenes habian sido tanto mas atroces, cuanto que en Lyon el partido de Chalier reco-

nociéndose mas débil y mas espuesto, se veia forzado á infundir terror para ser obedecido. Entre Paris y Lyon habia una gran emulacion por derramar sangre.

Al siguiente día de los asesinatos de setiembre, un corto número de asesinos, acompañado de una turba de muchachos y de mugerzuelas se dirigió al castillo de Pierre-Cise. Allí degollaron once oficiales del regimiento Real de Polonia, presos el día anterior como sospechosos de realismo. En vano una jóven tan valiente como hermosa, la señorita de Bellecice, hija del gobernador del fuerte, se precipitó entre el pueblo y las víctimas, hiriéndose ella misma por apartar los sables y las picas de los cuerpos de los presos; en vano el corregidor de Lion Vitet, hombre de ardientes principios pero de conciencia y de un corazon humano, habian acudido con algunos granaderos adictos y habia empleado para libertar á los presos, ora las súplicas, ora las amenazas; los umbrales de todas las cárceles de Lyon habian quedado sembrados de cadáveres, colgados al día siguiente en las ramas de los árboles y en el paseo público de Bellecour, habian sido encadenados unos á otros, formando con sus miembros una especie de horrorosas guirnaldas que debian infundir el espanto en los barrios de los aristócratas. Al mismo tiempo los comisarios del club de los Franciscanos de Paris, entre los cuales se distinguian Huguenin, el orador del 20 de junio, habian ido allí, para animar la tibieza del club central de Lyon. El populacho habia robado los almacenes y regularizado la espoliacion, nombrando comisionados para el pillage. La municipalidad dividida en dos partidos casi iguales, y cuyas revoluciones daban simultáneamente fuerza al orden y ánimo al desorden, se habia convertido en juguete del club central en donde reinaba Chalier. Este, Laussel su cómplice, clérigo incestuoso que se habia casado con su propia hermana; Roullot, miembro de la municipalidad, y en fin, Cusset, electo diputado de la Convencion, predicaban públicamente los

dogmas de la ley agraria y del vandalismo. «Ha llegado el tiempo, decian, en que debe cumplirse esta profecía: Los ricos serán despojados y los pobres enriquecidos.— Si al pueblo le falta su subsistencia, proclamaba Tarpan, que se aproveche del derecho que le da su miseria para apoderarse de los bienes de los ricos.—¿Quereis, escribia Cusset, una palabra que pague todo lo que os hace falta en Lyon? *morid ó matad.*»

XIX.

Para dar á estas escitaciones la autoridad del terror, aquellos hombres habian hecho traer una guillotina de Paris, estableciéndola en la plaza de Bellecour para que el instrumento recordase el suplicio. Los girondinos, para moderar este delirio habian vuelto á mandar á Vitet su colega y amigo á Lyon. Vitet se presentó al club central y le arengó con la varonil severidad de un ciudadano que trata de convencer á los facciosos antes de herirlos. El club le habia cubierto de desprecios y de ultrajes: «Ha llegado el día de la venganza, exclamó Chalier, quinientas cabezas hay entre nosotros, que merecen la misma suerte que el tirano. Yo os daré la lista, y no tendreis mas que herir.» Entonces, propuso el establecimiento de un tribunal revolucionario y despues tomando un crucifijo: «No es suficiente haber dado muerte al tirano de los cuerpos, exclamó, es menester, destronar al tirano de las almas.» Y rompiendo el crucifijo lo pisoteó. Desde allí conduciendo al tropel de sus sectarios á la plaza de Terreaux, Chalier los hizo jurar delante del árbol de la libertad el esterminio de los aristócratas, de los rolandistas, de los moderados, de los agiotistas, de los monopolistas y de los sacerdotes.

La municipalidad, subyugada por un momento al club

central imitó, á petición de éste, las visitas domiciliarias, preludio del 2 de setiembre, y confió á los comisionados del club el cuidado de señalar á los sospechosos. La ciudad entera estaba en poder de una facción de Catilinas subalternos. Un hombre solo, que fué el corregidor Niviere, que habia sucedido á Vitet, contuvo con la intrepidez de un magistrado antiguo, la audacia de los sediciosos y calmó la desesperacion de los hombres de bien. Niviere sabia que Chalier y Laussel habian reunido por la noche su sesion, nombrando un tribunal revolucionario secreto, preparado la guillotina, escogido el sitio para las ejecuciones en uno de los puentes del Ródano desde donde se precipitarian los cadáveres al agua, hecho listas de proscripción, y que á no haber suficiente número de ejecutores, Laussel habia dicho: « Todo el mundo debe ser verdugo: la guillotina cae por su propio peso.»

Algunos testigos de la conjuración indignados al oír tales palabras se habian escapado del conciliábulo y habiendo divulgado el plan de Chalier, Niviere situó en derredor de la casa de ayuntamiento algunos batallones y ocho piezas de artillería. La primera cabeza señalada al furor de los asesinos era la de este generoso magistrado. El se la jugaba por la libertad de su patria, y su firmeza impuso á los facciosos.

«Retirémonos, se ha desgraciado el golpe,» exclamó Chalier, al encontrarse con aquellos batallones y con aquellos cañones formados en batalla en la casa del ayuntamiento. Despues de este triunfo, Niviere volvió á entrar en las filas de los simples ciudadanos, pero reelegido en seguida por ocho mil sufragios entre nueve mil votantes, volvió á tomar el mando de la ciudad en medio de las aclamaciones de los propietarios.

El partido de Chalier, amenazado á su vez por la reaccion de los republicanos moderados, se salvó del furor público por aquel mismo Niviere que queria sacrificar. El club central se deshizo y los miembros que lo componian invocaron el auxilio de sus hermanos de París. La Convencion decretó que dos batallones marseleses fuesen á restablecer el orden en Lyon, enviando ademas tres comisarios escogidos del seno de la Montaña, que fueron Bazire, Roveré y Legendre; pero varios batallones de Aix y de Marsella que llegaron á Lyon poseídos del espíritu que animaba á la Gironda, fueron acogidos como unos libertadores por la masa de la población é hicieron temblar y huir á Chalier y á su partido. Los jacobinos reducidos á la impotencia resolvieron un 10 de agosto contra el ayuntamiento, y reapareciendo Chalier avivó el fuego del club central. «Treinta romanos, dijo, han jurado dar de puñaladas á los modernos Porsenna y enterarse con sus enemigos bajo los escombros de esta nueva Sagunto. ¡Aristócratas, rolandistas, moderados egoistas, temblad! El 10 de agosto puede aun renacer; las aguas del Saone y del Ródano arrastrarán bien pronto vuestros cadáveres al mar.» Cusset le respondió desde la cima de la Montaña: «La libertad para nosotros, y la muerte para nuestros enemigos, ved aquí el escrutinio epuratorio de la república.» Un banquete patriótico rennió á los jacobinos bajo los árboles de Bellecour el 9 de mayo; animados por el número y por los aplausos de la multitud, fueron despues de la comida á intimar á la municipalidad que instalase el tribunal revolucionario, pero fueron rechazados.

Otros comisionados mas enérgicos de la Convencion llegaron al poco tiempo á esta ciudad; estos fueron Al-

bite, Dubois-Crancé, Gauthier y Nioche, que empezaron por imponer á los ricos un empréstito forzoso de seis millones; organizaron una comision de salud pública á imitacion de la de París; decretaron la formacion de un ejército revolucionario, y aumentando con estas medidas la audacia de Chalier se marcharon en seguida al ejército de los Alpes, dejando á la ciudad á merced de aquella comision dictatorial. Esta se apresuró á espoliar á los ciudadanos honrados, á armar á sus partidarios y á enviar á la guillotina á sus enemigos. Chalier publicó sus listas bajo el título de *Brújula de los patriotas*. «¡A las armas, á las armas! exclamó recorriendo las calles á la cabeza de los jacobinos. ¡Vuestros enemigos han jurado degollar hasta vuestros niños de pecho! ¡Daos prisa á vencerlos ó sepultaos bajo las ruinas de la ciudad!»

Aquellos gritos feroces, resonaron hasta en la Convencion, sublevaron al partido moderado á la voz de la Gironda, y arrancaron un decreto que autorizaba á los ciudadanos de Lyon á repelar la fuerza con la fuerza. «¿Creeis, dijo Chalier cuando se recibió el decreto; creeis que este decreto me intimida? No, se levantará conmigo bastante parte de pueblo para herir á veinte mil ciudadanos, y yo me reservo para hincaros el cuchillo en la garganta.» Fué corriendo al club, armó á sus amigos, distribuyó á cada uno media libra de pólvora, indicó el punto de reunion y preparó el asalto de la casa de la ciudad. Las secciones advertidas de aquellos designios, se reunieron y se armaron contra los jacobinos. La ciudad se dividió en dos campos. La municipalidad se fué á las filas de los jacobinos y los representantes del pueblo Gauthier y Nioche entraron en la ciudad de Lyon á la cabeza de dos batallones y dos escuadrones. Las masas de Chalier, armadas de hoces, de picas y de mazas, les precedian insultando á los ciudadanos armados de las secciones. La sangre empezó á correr, Chalier arengó al club. «¡Marchemos! les dijo. Vamos á apoderarnos de los

miembros del departamento, de los presidentes y de los secretarios de las secciones, hagamos con ellos un haz que colocaremos debajo de la guillotina, y despues nos lavaremos las manos en su sangre.»

XXI.

En tanto que las secciones se ponian de acuerdo, la municipalidad jacobina se apoderó del arsenal, se fortificó en él y llenó la casa de la ciudad de cañones, de municiones y de tropas. Los seccionarios, reunidos en número de veinte mil en la plaza de Bellecour, escogieron por gefe á un aparejador de paños llamado Medinier, hombre de un corazon de fuego y de un brazo de hierro. Medinier tomó el Arsenal y marchó contra la casa de la ciudad. El representante Nioche quiso interponer su mediacion entre ambos partidos. «Idos de aqui, le dijo Fremenville, presidente del departamento, vos habeis firmado aquellos infames decretos que atentan á nuestra sangre, y no podemos tener confianza en vos. Retiraos; profesamos como vos el republicanismo, pero queremos la república legal y no la opresion de una municipalidad. Si quereis que depongamos las armas, retirad vuestras tropas, retirad los cañones y suspended de sus funciones á todo el cuerpo municipal.» Mientras que se negociaba de esta suerte en el Arsenal, la municipalidad se habia rodeado de tropas de línea y de grupos de gentes del pueblo en la plaza de Terreaux. Los cadáveres de los primeros seccionarios asesinados en las calles, estaban tendidos en los escalones de la casa de la ciudad, ultrajados y mutilados por el pueblo.

Informado Medinier de aquellos sucesos, retuvo á Nioche en rehenes, é hizo marchar sus secciones en dos columnas, la una por los diques del Saona, y la otra por

los del Ródano, para que se reunieran á la altura de la casa de la ciudad. La cabeza de la columna del dique del Ródano, fué destruida á su aproximacion á aquel edificio, por una batería situada en el estribo del puente Morand, que barria al dique en toda su estension. Centenares de seccionarios perecieron alli, contándose en este número, algunos oficiales realistas y muchos hijos de las principales familias de la nobleza y del comercio de Lyon.

La columna del dique del Saona, fué igualmente metrallada al desembocar sobre la plaza de Terreaux. Esta se replegó y fué á tomar una posicion mas resguardada en la plaza de los Carmelitas, frente á la casa de la ciudad, pero casi cubierta por una parte de los edificios. Desde alli, esta columna tiró á bala rasa sobre la casa de la ciudad. Diezmados los jacobinos, huyeron de las salas y se refugiaron en los patios. El representante Gauthier se presentó á los seccionarios para parlamentar, pero se le retuvo en rehenes como se habia hecho con su colega. Amedrentado entonces, al ver el furor de las secciones, firmó la suspension de la municipalidad. Medinier hizo su entrada triunfal á caballo en la casa de la ciudad, y prendió á Chalier y á sus principales cómplices, y los condujo á la cárcel por medio de las oleadas de un pueblo indignado que queria sacrificarlos por sus crímenes. Este triunfo de la Gironda fué al 29 de mayo, antevíspera del dia en que los girondinos vencedores en Lyon, sucumbian en París. Chalier fué condenado á muerte algunos dias despues por el tribunal criminal y desde el interior de su calabozo veia el resplandor de la iluminacion mandada poner en celebridad de la victoria de los moderados. «Estas son las hachas de mis funerales, dijo, los lioneses cometen una gran falta pidiendo mi muerte. Mi sangre, como la de Jesucristo, caerá sobre ellos y sobre sus hijos, porque yo soy en Lyon el cristo de la revolucion. El cadalso será mi Gólgota, la cuchilla de la

guillotina mi cruz, en donde yo moriré bien pronto por la salud de la república.»

Aquel energúmeno que aspiraba la sangre por fanatismo, se mostró el mas sensible y el mas tierno de los hombres en la soledad del calabozo. Una muger que le amaba, le habia dado una tórtola domesticada, de la cual hizo la compañera de su cautiverio, y á la que acariciaban sin cesar. Imágen de inocencia sobre una cabeza llena de sueños sangrientos, el pájaro estaba constantemente sobre los hombros de Chalier. Este despues de haber oido su sentencia, hizo mil siniestros vaticinios sobre la ciudad. Se le concedió que viese por última vez á sus amigos y á la muger con quien estaba en relaciones. El mismo los consoló y les legó todo lo que poseia sin olvidar la tórtola, que bañó con sus lágrimas. La guillotina que Chalier habia hecho venir de Paris y colocar en la plaza de Terreaux para inmolar á sus enemigos, se estrenó en su cabeza. El crucifijo que alternativamente habia adorado y hecho pedazos, no salió de sus manos mientras estuvo en el calabozo, Chalier no cesó de contemplar en él al Dios del suplicio. A las cuatro de la mañana fué sentenciado y empleó el resto del dia en hacer su testamento. Se despidió de los demas presos, y marchó al cadalso con paso firme mirando al pueblo á derecha é izquierda como para reprenderle su muerte. Al pie del cadalso abrazó á su confesor, imprimió por última vez los labios en el crucifijo, y entregó el cuello al verdugo.

La cuchilla estaba mal afilada, y en vez de cortar de un solo golpe la cabeza de Chalier, cayó y hubo que volverla á levantar hasta cinco veces, sin que en ellos pudiese separar la cabeza del tronco, muriendo mas bien despedazado que decapitado. Chalier, con la cabeza medio separada del cuerpo, dirigió una mirada al verdugo como suplicándole abreviase su agonía. Murió al sexto golpe. Saboreó lentamente aquella muerte, cuya sed

habia inspirado tantas veces al pueblo. Este se sació de sangre, pero fué de la suya. El pueblo le aborreció al principio, despues lo sintió, y finalmente, lo deificó como habia deificado á Marat, hasta que al cabo dió su memoria al olvido ó al horror, como sucede siempre con las de aquellos hombres que solo respiran furor y horrores en las grandes crisis, en vez de hacer ver al pueblo sus derechos y las virtudes que deben adornarle. La sangre de Chalier, especie de reto hecho á la Convencion, hizo imposible en adelante toda reconciliacion entre los partidos. Lyon no podia someterse ya sino aceptando la venganza de los montañeses. Los honenses pasaron de la resistencia á la rebeldía.

XXII.

Los elementos de insurreccion eran numerosos y diversos en aquella ciudad, destruidos los girondinos, diezmada la Convencion, mutilada en París la representacion nacional el 31 de mayo, sufrida en un principio y rota al cabo la tiranía anárquica de Chalier y de su populacho, desecha completamente su fuerza, émula esta ciudad de Tolon y de Marsella, respecto á insurrecciones, aniquilado el comercio, perseguidos los sacerdotes, amenazadas las vidas de todos los ciudadanos, por la ley de los sospechosos, horrorizados todos los ánimos por el terrorismo que vertia gota á gota la sangre de tantas víctimas ilustres en París, y en fin, concentrando el realismo en Lyon como en un asilo, á donde llamaba á todos sus partidarios, y desde donde reanudaba sus negociaciones con el estrangero, todo concurría á convertir esta ciudad en la capital contra-revolucionaria de la república.

Sin embargo, la insurreccion no tremolaba aun des-

caradamente esta bandera, y se cubria con las apariencias del republicanismo. Los administradores y los presidentes de las secciones que acababan de triunfar en la casa de la ciudad, eran hombres de la revolucion, adictos al sistema de los girondinos y que limitaban su ambicion á la esperanza de ensalzar y vengar á los amigos de Vergniaud y de Roland. Los dos diputados de este partido, refugiados en Lyon, Chasset y Biroteau, mantenian con sus discursos y sus recriminaciones el espíritu de la Gironda. El gobierno de la ciudad habia tomado las formas de la dictadura, componiéndose de administradores nombrados y delegados por las secciones, y era su título el de comision popular republicana. Estos delegados habian sido nombrados bajo la impresion del horror contra los jacobinos. Se habian escogido para gobernantes los hombres que mas se alejaban por sus opiniones de los terroristas, y que por consecuencia se aproximaban mas á los contrarrevolucionarios. De un republicano rebelado contra la república, á un realista conspirando contra ella habia tan poco espacio, que los actos y los hombres no podian dejar tarde ó temprano de confundirse. Una opresion comun, se convierte involuntariamente en una causa comun: esto fué lo que sucedió en Lyon, no por instancia de los hombres, sino por la fuerza de las cosas.

La comision popular republicana, estaba presidida por Mr. Rambaud, cuyos principios y sentimientos monárquicos eran notorios. Los demas miembros eran *girondinos* irritados, ó *moderados* comprometidos, para quienes la sumision á la Convencion no dejaba otra perspectiva que la muerte. El comercio, que no tiene mas opinion que su interés, deploraba cada dia la ruina de los negocios, y echaba de menos secretamente, el trono como prenda de trabajo, de crédito y de seguridad. La nobleza y los sacerdotes refugiados y ocultos en gran número en Lyon, arrojaban leña al fuego, con la esperanza de hacer

estallar aquel volcan interior, cuya esplosion haria saltar la república, y volveria á abrir el camino de la Francia y del trono á los emigrados y á los principes proscriptos.

XXIII.

Ya hacia mucho tiempo que Lyon era el espejo donde se miraban los realistas emigrados. Tan pronto como esta ciudad rompió con la Convencion, sus emisarios creyeron que habia roto con la república, y se dejaron ver alli para apoderarse del movimiento, y para dirigirlo en sentido realista. El conde de Artois estaba refugiado en Hanau en el territorio prusiano. En seguida envió al general marqués de Autichamp, á Saboya, con orden de estudiar de cerca el carácter de la insurreccion lionesa, de hacer que la corte de Turin se resolviese, y en tal caso, de hacerla que dirigiese fuerzas imponentes sobre Chambéry.

Otro oficial de la comitiva de aquel principe, fué enviado á Berna, para decidir á la Suiza á declararse contra la Francia, y para que reuniese sus fuerzas á las del rey de Cerdeña, á fin de que fuese el golpe mas decisivo contra la república. Dos enviados del rey de Cerdeña, el baron de Etolles y el conde de Maistre, éste, profeta siempre desmentido, pero siempre fulminante del antiguo régimen, secundaban en este momento, cerca de los cantones helvéticos, los esfuerzos de los emigrados. Lord Fitz-Gerald, enviado por el gabinete británico, trabajaba en los cantones, en el mismo sentido. Pero, los cantones aristócratas de la Suiza, amenazados en su propio país por el espíritu revolucionario que fermentaba en ellos, no se atrevian á hacer un movimiento que seria tal vez la señal del desquicio de su constitucion. La corte de Cerdeña, reforzada con ocho ó diez mil austriacos, lanzaba á

toda prisa sus principales fuerzas sobre el condado de Niza, para cubrir ante todo el Piamonte, contentándose con defender palmo á palmo las gargantas de la Saboya contra los batallones poco numerosos de Kellermann. El marqués de Autichamp y los oficiales de Condé, no tardaron en reconocer la imposibilidad de poner á los emigrados á la cabeza de un movimiento que conservaba las apariencias del republicanismo. Los realistas de Lyon y del interior se vieron obligados á renunciar á toda idea de una poderosa intervencion estrangera; no quedándoles mas esperanzas que en el tiempo, en la prudencia y en la victoria para levantar el trono en Lyon sobre las ruinas del partido girondino. Ademas de la parte de la poblacion que les era adicta por su modo de pensar, contaban en la ciudad con cuatro mil sacerdotes no juramentados, y con seis mil nobles decididos á tomar las armas contra las tropas de la Convencion.

XXIV.

Toda tentativa de conciliacion era ya tardía. Lyon corrió á las armas. La comision popular republicana hizo que todo se preparase para la defensa, mandó fundir cañones, construir reductos, almacenar provisiones, circular una moneda obsidional por valor de muchos millones, valor de que salia responsable la ciudad, y reclutar un ejército de nueve mil hombres pagados á su costa, rechazando al mismo tiempo por una deliberacion formal, la constitucion de 1793. En fin, nombró un comandante general de aquellas fuerzas.

Este general, cuyo nombre desconocido hasta entonces, era á propósito para tranquilizar á los realistas sin ser muy sospechoso á los republicanos, fué el conde de Precy. Mr. de Precy, era un noble del Charolais, antiguo

coronel del regimiento de los Vosges, que pertenecía á aquella parte de la nobleza militar que no se habia des-nacionalizado por la emigracion, que conservaba el patriotismo del ciudadano, unido á la fidelidad del caballero monárquico por honor, patriota por el espíritu del siglo, y francés por la sangre. Habia servido en Córdoba, en Alemania y en la guardia constitucional de Luis XVI. Confundiendo en un mismo culto á la constitucion y el rey. Habia combatido el 10 de agosto con los oficiales adictos que quisieron cubrir el trono con sus cuerpos, y llorado la muerte de su señor, pero sin maldecir á su patria. Retirado en sus haciendas de Semur, en Brionnais, sufría en silencio la suerte de la nobleza perseguida.

Los amigos que tenia en Lyon le designaron á la comision republicana como el gefe mas adecuado para dirigir y moderar el movimiento misto que Lyon osaba tentar contra la anarquía. Precy no era un gefe de partido, era principalmente un guerrero. No obstante la moderacion de su carácter y la costumbre de manejar soldados, habilidad peculiar de los naturales de su provincia, le hacian capaz de reunir en una tantas opiniones confundidas y de conservar su confianza y convenirse á su objeto sin descubrirselo anticipadamente. Precy tenia cincuenta años, pero su esterior marcial, su franca fisonomía, sus ojos azules y serenos, su sonrisa fina y firme, el don natural del mando y de persuasion á la vez y su cuerpo infatigable, hacian de él un gefe agradable á los ojos del pueblo.

XXV.

Los diputados de Lyon fueron á ofrecer el mando á Mr. de Precy, á quien encontraron como los romanos ha-

bían hallado al dictador, esto es, en el campo, con la azada en la mano, cultivando sus legumbres y sus flores.

En el mismo campo y debajo de una haya se entabló un diálogo digno de la antigüedad entre el militar y los ciudadanos. Precy declaró modestamente que se consideraba muy inferior para el cargo que venian á ofrecerle; que la revolucion habia roto su espada y la edad amortiguado su ardor; que la guerra civil repugnaba á su alma; que este era un remedio estremo que perdía mas causas que salvaba; que precipitándose en ella, no quedaba otro asilo que la victoria ó la muerte; que las fuerzas organizadas de la Convencion dirigidas sobre una sola ciudad, destruirian tarde ó temprano á Lyon; y que era necesario tener presente que los combates y las necesidades de un largo sitio devorarian un gran número de sus ciudadanos, y que el cadalso concluiría con los restantes. «Ya lo sabemos, respondieron los negociadores de Lyon, pero nosotros hemos pesado en nuestro juicio el cadalso con la tiranía de la Convencion y hemos escogido el cadalso.—;Y yo, exclamó Precy, lo acepto con tales hombres!» y tomando su casaca que estaba colgada de un peral volvió á su casa para abrazar á su joven esposa, y tomando sus armas que hacia diez y ocho meses que estaban escondidos, siguió á los lioneses.

A su llegada á esta ciudad se vistió el uniforme civil, se puso la escarapela tricolor y montó á caballo para pasar revista al ejército municipal. Los batallones de nueva creacion y los de los guardias nacionales formados en batalla en la plaza de Bellecour para reconocer al general, saludaron á Precy con unánimes aclamaciones. El mando de la artillería fué confiado á Mr. de Chenette, teniente coronel de esta arma, oficial consumado en la guerra y estimado por su talento y por sus virtudes en la paz. El conde de Virieu reunió el mando general de la caballería. El conde de Virieu era el hombre

que daba mas significacion realista á la sublevacion de Lyon. Orador célebre en la Asamblea constituyente, habia reclamado al principio de la revolucion, los derechos de la nacion, asistido á la Asamblea de Vizille en el Delfinado, pedido la representacion por cabezas y no por órden en los estados generales, y se habia pasado finalmente con los cuarenta y siete miembros de la nobleza el 25 de junio al partido popular. Despues pareció que el conde de Virieu se habia arrepentido de estos actos. Asi lo demuestra el haberse apresurado á apoyar el trono despues de haberlo conmovido. El hubiera deseado como Meunier, Lally-Tolendal, Clermont-Tonnerre y Cazalés sus amigos, reducir la revolucion á la conquista de un derecho representativo distribuido en dos cámaras á imitacion de Inglaterra. La lucha de la aristocracia y de la democracia moderada por la monarquía le parecia el único gobierno compatible con la libertad. Desde que la Asamblea nacional habia roto el círculo en que la aristocracia queria encerrar al estado llano, todos los pasos de la revolucion le habian parecido excesos y todos sus actos crímenes. Habia salido de ella como se sale de una conjuracion culpable, sacudiendo el polvo de sus zapatos y maldiciendo su error. Sacrificó á la restauracion de la monarquía y de la religion destruidas y seguia correspondencia con los príncipes emigrados. Era en el Delfinado su patria, y en Lyon el hombre político de la monarquía desterrada. Además su fé religiosa avivada por la persecucion del culto y exaltada en su alma hasta ser visionario, le hacia aspirar á morir por su rey y por su Dios, así como habia aspirado en otros tiempos á dar la libertad á su patria. De sangre ilustre, de casta proscripta, y defensor ardiente de un culto perseguido, la guerra civil le parecia una cruzada bajo este triple aspecto de aristócrata, de monárquico y de cristiano. Militar valiente, orador fácil y político diestro, reunia todas las condiciones de un jefe de partido. Lyon, al darle el mando manifestaba

no el objeto patente sino el pensamiento oculto de su insurreccion.

XXVI.

Por su parte la Convencion aceptaba la lucha con la inflexible resolucion de un poder que no retrocede ante la amputacion de un miembro, con tal que salve el cuerpo. La unidad de la república le pareció que era mas preciosa de conservar que la segunda ciudad de Francia. La Convencion tampoco hubiera retrocedido ante la destruccion de Paris. La patria no era á sus ojos una ciudad sino un principio. Ella no vaciló un momento, creyó en su derecho y sacó su fuerza de esta conviccion.

La Convencion ordenó á Kellermann, general en jefe del ejército de los Alpes, que dejase las fronteras y que concentrase sus fuerzas alrededor de Lyon. Kellermann que disputaba á Dumouriez la gloria de Valmy, sufría solo en estos momentos por el lado del Mediodía todo el peso de los austriacos, de los alobrogos y de los piamonteses cuyas fuerzas iban en aumento al otro lado de los Alpes. La Saboya indecisa y dividida entre su aficcion á nuestros principios y su fidelidad á sus príncipes, estalló en insurreccion contra nosotros en las provincias montañosas de Faucigny y de Conflans. Con un corto número de tropas, Kellermann sofocó todas aquellas insurrecciones en todos los puntos. El pequeño cuerpo de ejército que tenia en Saboya, se presentaba como un dique movable en donde era necesaria su presencia, corriendo de valle en valle, franqueando las cumbres de las montañas con increíble lijereza y conteniendo en todas partes la irrupcion que descendia al desbordamiento sobre nosotros desde las alturas.

Kellermann pertenecia á una de esas razas militares

hábilés é intrépidas en los combates, mas á propósito para conducir soldados que para mezclarse en debates de partido, y que queria ser el gefe de los ejércitos de la república, pero no el ejecutor de sus severidades. Temia adquirir en lo sucesivo la fama de destructor de Lyon, y sabia el horror que acompaña á la memoria de los hombres que mutilan á su patria: le repugnaba el renombre de Mario del Mediodía y contemporizó un cuanto tiempo tanteando la via de las negociaciones y enviando cada dia nuevas intimaciones á los lioneses, en tanto que iba reuniendo sus tropas para combatir en caso necesario. Todo fué inútil. La única respuesta que de Lyon recibió fué la proposición de unas condiciones que imponian á la Convencion la retractacion del 31 de mayo, la revocacion de todas las medidas tomadas desde este dia, la reposicion de los diputados girondinos, la reprobacion de sus propios actos y la humillacion de la Montaña. Kellermann, apurado por los representantes del pueblo Gauthier, Nioche y Dubois-Crancé, estrechó mas el bloqueo incompleto aun de la ciudad. La comision de salud pública hizo marchar á Couthon y á Mignet á levantar en masa los departamentos de la Auvernia, la Borgoña, del Jura, de la Bresse y del Aroche, con el objeto de sofocar á Lyon bajo el peso de los batallones de patriotas voluntarios que el terror hacia salir de debajo de tierra á la voz de los representantes, de las orillas del Saone, de las del Ródano, de las montañas populosas de la antigua Auvernia y del Allier. Otras columnas conducidas por Reverchon, Javogues, Couthon y Mignet, avanzaban por todos los caminos que conducen á Lyon. Los paisanos no tenian necesidad de disciplina para formar detrás de las tropas de linea ó en los intervalos que separaban á los campamentos, unas murallas de bayonetas que estrechaban el bloqueo y ahogaban á la ciudad.

Lyon no tenia otros recintos fortificados que las alturas de la Cruz Roja, meseta que separa los dos rios, y la cadena de colinas que se estiende paralelamente al curso del Saone, desde la roca de Pierre-Encise, en donde este rio entra en la ciudad, hasta el arrabal de Santa Fé que se eleva á la estremidad de estas colinas, no lejos de la confluencia del Soane con el Ródano. Esta confluencia defendia por si misma á la ciudad por el lado del Mediodia. Un puente llamado de la Muletierre, atravesaba en este punto de la union de los dos rios el lecho del Saone. Defendido por algunos reductos este puente, interceptaba el paso á las columnas de los sitiadores. Entre la ciudad y la Muletierre, una calzada estrecha, fácil de cortar y de defender, se estiende sobre la orilla del Ródano. El resto del espacio que forma la punta Parrache, era un terreno bajo, pantanoso, cruzado de balsas y canales, plantado de mimbres, cañas, álamos, cubierto de empalizadas propias para ser defendido por un corto número de tiradores emboscados, ó inaccesibles á la artilleria. Por el lado del Este, Lyon no tenia otra defensa que el Ródano, cuya anchura y rapidez forma en los diques un foso corriente imposible de salvar. Se habia añadido á esta defensa natural dos reductos contruidos en las cabezas de los puentes de la Guillotiere y Morand, únicos puntos que ponian entonces en comunicacion á la ciudad con el cuartel de Broteaux y con el arrabal de la Guillotiere situado al otro lado del rio. Lyon no tenia mas que cuarenta piezas de artilleria para guarnecer esta inmensa circunferencia, pero se fundian otras nuevas todos los dias: y merced al infatigable ardor del general Preey y de su estado mayor, los parapetos, las baterías, los reductos y los puentes cortados, ó dispuestos á volarse, presen-

taban por todas partes un aparato formidable de resistencia á los ejércitos de la Convencion.

XXVIII.

El ejército sitiador, tomó posicion en los primeros dias de agosto, dividiéndose en dos campos: el de la Guillotiere compuesto de diez mil hombres, provistos de una numerosa artilleria y mandados por el general Vaubois: este campo estaba á las orillas del Ródano y cerraba el Delfinado, la Saboya y los Alpes á los lioneses: y el campo de Mirebel, que se extendia desde el Norte del Ródano al Saone, atravesando la meseta de la Dombe que los separa y amenazando al arrabal de la Cruz Roja, posicion que era la mas fuerte.

Kellermann habia establecido su cuartel general en el castillo de la Pape, á corta distancia de Mirebel sobre la orilla escarpada del Ródano. Un puente de barcas echado al pie del castillo en el rio, daba comunicacion á los dos ejércitos republicanos. Los batallones del Ardeche, del Forez, de la Auvernia y de la Borgoña, conducidos por los representantes de estos departamentos, se apilaban sucesivamente sobre una linea inmensa que se extendia desde la orilla derecha del Ródano al otro lado de su confluencia, hasta las mesetas de Limonest, que dominan el curso del Saone, antes de entrar en Lyon. Pero esta linea de tropas ondulosa, débil, cortada en muchas partes por los cuerpos avanzados de los lioneses y por los pueblos de San Esteban, Saint-Chamond, Monbrison, que hacian causa comun con los sitiados, dejaba á Lyon en comunicacion libre con las montañas del Vivarais y con el camino de Paris por el Borbonés. Estos pueblos y los adyacentes eran para los lioneses otras tantas colonias fieles que les suministraban armas, víveres y los

combatientes necesarios para hacer el servicio de avanzadas. El campo de batalla no tenia menos de sesenta leguas cuadradas de estension,

A medida que las columnas sitiadoras tomaban posicion ocupaban estos pueblos, aldeas y puestos avanzados, haciendo refluir al ejército de Precy á los puntos fortificados detrás de los reductos, ó bajo las murallas de la ciudad. Precy aguerria de este modo su ejército móvil de cerca de diez mil hombres, haciendo de los cuerpos de tropas que se habian levantado y de los jóvenes voluntarios fogueados ya, el núcleo y el nervio de su defensa interior. Entusiasmados por su causa, apasionados por su general que veian siempre el primero á caballo en el fuego ó á la bayoneta con ellos, recompensados por sus miradas recibian su recompensa al entrar en Lyon, en los abrazos de sus madres, de sus esposas, de sus hermanos, y de sus conciudadanos. Aquellos jóvenes, casi todos realistas, se habia convertido en un ejército de héroes. Con estos fué con los que Precy hizo aquellos prodigios de valor, de movilidad y de constancia, que detuvieron mas de dos meses á la Francia entera ante un puñado de combatientes, en medio de una poblacion dudosa, batida, incendiada y famélica.

XXIX.

El bombardeo principió el 10 de agosto, aniversario de dichoso augurio para la república. Las baterías de Kellermann y las de Vaubois hicieron llover sin intermision durante ocho dias bombas, balas rasas, y los cohetes incendiarios sobre la ciudad. Algunas señales pérfidas hechas durante la noche por los amigos de Chalier, indicaban los cuarteles y las casas que se habian de incendiar, escogiendo de este modo los artilleros su blan-

co y reventando las bombas casi siempre en las calles, en las plazas y en las habitaciones de los enemigos de la república. Durante estas siniestras noches, el opulento mueble de Saint-Clair, la plaza de Bellecour, el puerto del Temple, la calle Merciere, inmensa avenida, atestada de riquezas fabriles y comerciales, se incendiaron trescientas veces con la explosión de los proyectiles, devorando en su incendio los millones del producto del trabajo de Lyon y enterrando en las ruinas de sus fortunas á millares de habitantes.

Aquel pueblo aterrorizado por un momento, no tardó mucho en acostumbrarse á este espectáculo. La atrocidad de sus enemigos no producía en él mas que indignación. La causa de la guerra, que no era si no la de un partido, se convirtió de este modo en una causa unánime. El crimen del incendio de Lyon, fué á los ojos de los ciudadanos el sacrilegio de la república, y no comprendían ningún acomodamiento posible con aquella Convencion que tomaba el incendio por auxiliar, y que quemaba á la Francia para someter una opinion. La poblacion en masa se armó para defender sus murallas hasta la muerte. Despues de haber sacrificado sus hogares, sus bienes, sus casas y sus riquezas, poco les costaba ya sacrificar sus vidas. El heroísmo se convirtió en una costumbre del alma. Las mugeres, los niños y los ancianos se habituaron en pocos dias al fuego y á la explosión de los proyectiles. Tan pronto como una bomba describía su curva sobre un cuartel ó sobre un tejado, echaban á correr, no para huir sino para apagarla, arrancándola la espoleta. Si lo conseguían jugaban con el proyectil apagado y lo llevaban á las baterías de la ciudad, para devolverlo á los enemigos; si llegaban tarde se arrojaban al suelo, levantándose cuando había estallado el proyectil. Los socorros contra incendios estaban organizados en todas partes, y el agua de los dos ríos corría de mano en mano por una inmensa cadena de personas hasta la casa incen-

diada. La poblacion entera estaba dividida en dos pueblos, uno que combatía en las murallas, el otro que apagaba los incendios, llevaba á las avanzadas las municiones y los víveres, trasportaba los heridos á los hospitales, curaba á los enfermos y enterraba los muertos. La guardia nacional mandada por el intrépido Madinier contaba treinta y seis mil bayonetas. Contenia á los jacobinos, desarmaba á los clubistas, hacia ejecutar las requisiciones de la comision popular y enviaba numerosos destacamentos de voluntarios á los puestos mas amenazados. Precy, Virieu y Chenelette, presentes en todas partes, atravesaban continuamente la ciudad á caballo, para combatir de un rio á otro, yendo del campo al consejo y del consejo al combate.

La comision popular, presidida por el médico Gilberto, girondino ardiente y animoso, no vacilaba ni ante la responsabilidad, ni ante la muerte.

Resuelta á vencer ó á sucumbir en la guillotina, habia recibido del peligro comun, el poder que ejercia con el concurso unánime de todas las voluntades. La autoridad es hija de la necesidad. Todo el mundo cede sin murmurar á lo que dispone la autoridad en un pueblo sitiado.

XXX.

Los jacobinos comprimidos, desarmados y vigilados, se escondían en los arrabales, se refugiaban en los campos republicanos, ó tramaban ocultamente inútiles complots. En la noche del 24 al 25 de agosto y en medio de la confusión del bombardeo de la plaza de Bellecour, el fuego encendido por manos de una muger, devoró el Arsenal, inmenso edificio construido en las orillas del Saona á la estremidad de la ciudad. Aquella noche vomitó millares de quintales de municiones y desarmó una par-